

La condición humana

Clacir Virmes Junior ¹

Introducción

Para que un tratamiento médico sea eficaz, es necesario que el diagnóstico sea hecho con la mayor precisión posible. A nadie le gustaría tener que comprar medicamento, atravesar sesiones de fisioterapia o incluso intervenciones quirúrgicas sin tener el más alto nivel de certeza en relación al problema que se quiere resolver.

De manera análoga, para que podamos buscar la cura para el pecado, el mayor problema humano, necesitamos saber exactamente la amplitud de sus efectos sobre nosotros.

El poder de Dios

Pablo comienza el versículo 16 de Romanos 1 con la expresión “No me avergüenzo del evangelio”. Siendo que el evangelio contrastaba (y contrasta aun hoy) con el pensamiento del mundo, es natural que su predicación hubiera traído alguna incomodidad e incluso luchas. Pero el apóstol no tenía nada de que avergonzarse. Y llegó a la conclusión de que el evangelio es poder de Dios, no un poder cualquiera, ¡sino el poder para salvar por la eternidad!

Recordemos que Pablo estaba pensando en ir a Roma a predicar el evangelio de desde allí expandir su mensaje a toda Europa. La ciudad de Roma era la capital del imperio, el máximo símbolo de la grandeza y el esplendor seculares. No obstante, Pablo sabía que el verdadero poder está en el evangelio.

Finalmente, tal vez el apóstol también tuviera en mente a sus antagonistas. A causa de la fuerza de su mensaje y de las divergencias que generaba ocasionalmente, muchos acusaron a Pablo de estar contra los judíos e incluso de estar contra la Ley (antinomianista). Al contrario de lo que muchos hermanos que conocieron su carta pudieran pensar, a pesar de estos embates, el apóstol no se avergonzaba de su mensaje, las buenas nuevas de salvación por la fe en Cristo Jesús.

¹ Clacir Virmes Junior se graduó en Sistemas de Información, y en Teología. Cuenta con maestrías en Teología Bíblica y en Ciencias de la Religión. Se desempeñó como pastor distrital durante cinco años en la Misión Noreste de la Unión Nordeste Brasileña (UNeB) y desde 2016 es profesor de Nuevo Testamento, además de coordinar las actividades de extensión, en el Seminario Adventista de Teología, sede Bahía (Brasil).

Todos hemos pecado

Para comprender el impacto de las palabras de Pablo en Romanos 3:23 es importante conocer cómo funcionan los tiempos verbales en el griego. Los dos tiempos verbales que aparecen en este versículo son el aoristo y el presente. El aoristo es el tiempo verbal que considera a la acción como un todo y es traducido normalmente por el tiempo verbal en nuestro lenguaje que denominamos pretérito perfecto. Así, al decir que todos *pecaron* (aoristo), el apóstol dejó en claro que el pecado es característico de toda nuestra vida. Cundo es considerada como un todo, nuestra experiencia está marcada por el pecado.

El tiempo presente en griego enfatiza el aspecto lineal de una acción. Con frecuencia, los verbos que no están en presente en el griego pueden ser traducidos tanto por el tiempo presente en nuestra lengua (por ejemplo, “él hizo”), tanto como por una locución verbal que de la idea de que continuidad en el tiempo presente, a la que podríamos denominar “presente continuo” (por ejemplo, “él está haciendo”). La idea del aspecto lineal del tiempo presente en griego destaca la permanencia o continuidad de una acción.

Volviendo a Romanos 3:23, vemos que Pablo dice dos cosas acerca de nuestra condición pecaminosa. En primer lugar, “todos pecaron” (en aoristo, acción considerada como un todo), o sea, nuestra experiencia pasada y nuestra vida están plenamente marcadas por el pecado. Además, todos “carecen” (presente, acción lineal, continua) de la gloria de Dios, sin importar cuán buenos pensemos que somos, aún estamos lejos del ideal del Señor; su imagen está manchada, ensuciada por el pecado en nuestro presente, ahora.

¿Progreso?

Independientemente del día en el que estés leyendo este comentario, separa cinco minutos y sintoniza el canal de noticias de tu preferencia, sea cual fuere. Difícilmente puedas no ver allí algún reflejo de la descripción de un mundo que no aceptó las instrucciones divinas según Pablo las describió en Romanos 1:28-32. El cuadro descrito por Pablo retrata la condición humana con los peores colores y con lujo de detalles.

Aunque sea importante estudiar cada una de las palabras utilizadas por el apóstol para describir la pecaminosidad humana, pareciera que la intención principal de Pablo no fue la de ser exhaustivo, sino mostrar la profundidad de nuestro problema. Y al examinar su descripción, debemos entender que esa exposición del ser humano que está lejos de Dios no está condicionada históricamente. Afecta la existencia humana desde la entrada del pecado en nuestro mundo.

Lo que tienen en común judíos y gentiles

La gran cuestión planteada por Pablo fue que existen dos grupos: los que saben que están haciendo lo que está mal y aprueban su propia conducta, y los que condenan lo que está mal, pero hacen lo mismo, lo que en sí es una actitud hipócrita. El apóstol apuntó a las inconsistencias entre lo que los judíos pensaban de sí mismos y su práctica.

En una serie de cinco preguntas retóricas, Pablo demostró el deplorable estado de la profesión de fe judaica. ¿Cómo podían los judíos enseñarle a otros, y no a sí mismos? A pesar de su alta profesión, era notorio entre ellos —entre otras cosas— el adulterio y el robo. La última parte del versículo 22 de Romanos 2 parece denotar que a algunos

judíos le horrorizaban los ídolos, pero sin embargo no tenían escrúpulos en saquear los templos paganos. Por un lado, su enseñanza tenía en alta estima la ley de Dios. Pero, al mismo tiempo, Dios era deshonrado por ellos, porque transgredían sistemáticamente la ley que tan ardorosamente defendían. El discurso moralista tanto de los judíos como de los griegos los apartaba de la real percepción de su conducta pecaminosa.

Independientemente del origen étnico, posición social, género, educación u otro factor biológico, cultural, social cualquiera, todos estamos perdidos, bajo pecado, lejos del ideal divino.

El evangelio y el arrepentimiento

Dios nunca fuerza a sus criaturas. Él espera que, una vez demostrados su amor, cuidado, paciencia y misericordia, se vuelvan a Él en respuesta agradecida por esas bendiciones.

En Romanos 2:4, el apóstol Pablo dejó claro que incluso el arrepentimiento –la noción de que estamos errados en nuestra relación con el Señor, la sensación de nuestra injusticia, la tristeza por el pecado– es el fruto de la acción divina, no nuestra.

Esto es confirmado en 2 Timoteo 2:25, 26, donde Pablo, instruyendo a su colaborador acerca de cómo debía comportarse un líder cristiano hacia los opositores, afirmó que la disciplina debía ser administrada con mansedumbre, con la esperanza de que Dios les concediera “que se arrepientan para conocer la verdad, y vuelvan el buen sentido”. ¡Qué Dios maravilloso! El no sólo nos hace entender quiénes somos realmente, sino que nos brinda una solución para nuestro pecado, para que podamos ser lo que Él quiere que seamos por su amor.

Conclusión

La profundidad y la extensión del problema del pecado en los seres humanos son mucho mayores de lo que podemos siquiera imaginar. Para un problema extremo se exige una solución extrema. Entendiendo la gravedad de nuestra condición, podemos comenzar a tener noción del significado de lo que Jesús hizo en la Cruz. Su sacrificio sustitutivo fue el único modo de redimir a cada persona que pase por este planeta. ¡Ojalá que, al contemplar cuánto sufrió Jesús en la cruz, nuestro corazón se incline cada vez más hacia su infinito amor!

Clair Virmes Junior
Profesor de Nuevo Testamento
Seminario Adventista Latinoamericano de Teología
Facultad de Teología de Bahía



Traducción: *Rolando Chuquimia*

RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©